

Ciclo "C" con "C" de Cuaresma

Segunda Semana

“ESTE ES MI HIJO, EL ESCOGIDO, ESCUCHADLE” (Lc.9,28-36)

¿A QUIÉN ESCUCHAR? Marcos, segundo domingo de cuaresma

JOSÉ ANTONIO PAGOLA. SAN SEBASTIÁN (GUIPUZCOA). ECLESALIA

Los cristianos han oído hablar desde niños de una escena evangélica llamada tradicionalmente «la transfiguración de Jesús». Ya no es posible saber con seguridad cómo se originó el relato. Quedó recogida en la tradición cristiana sobre todo por dos motivos: les ayudaba a recordar la «realidad oculta» encerrada en Jesús y les invitaba a «escucharle» sólo a él.

En la cumbre de una «montaña alta» los discípulos más cercanos ven a Jesús con el rostro «*transfigurado*». Le acompañan dos personajes legendarios de la historia de Israel: Moisés, el gran legislador del pueblo, y Elías, el profeta de fuego, que defendió a Dios con celo abrasador.

La escena es sugerente. Los dos personajes, representantes de la Ley y los Profetas, tienen el rostro apagado: sólo Jesús irradia luz. Por otra parte, no proclaman mensaje alguno, vienen a «*conversar*» con Jesús: sólo éste tiene la última palabra. Sólo él es la clave para leer cualquier otro mensaje.

Pedro no parece haberlo entendido. Propone hacer «*tres chozas*», una para cada uno. Pone a los tres en el mismo plano. La Ley y los Profetas siguen ocupando el sitio de siempre. No ha captado la novedad de Jesús. La voz salida de la nube va a aclarar las cosas: «*Éste es mi Hijo amado. Escuchadle*». No hay que escuchar a Moisés o Elías sino a Jesús, el «Hijo amado». Sólo sus palabras y su vida nos descubren la verdad de Dios.

Vivir escuchando a Jesús es una experiencia única. Por fin, estás escuchando a alguien que dice la verdad. Alguien que sabe por qué y para qué hay que vivir. Alguien que ofrece las claves para construir un mundo más justo y más digno del ser humano.

Entre los seguidores de Jesús no se vive de cualquier creencia, norma o rito. Una comunidad se va haciendo cristiana cuando va poniendo en su centro el evangelio y sólo el evangelio. Ahí se juega nuestra identidad. No es fácil imaginar un hecho colectivo más humanizador que un grupo de creyentes escuchando juntos el «relato de Jesús». Cada domingo podrán escuchar su llamada a mirar la vida con ojos diferentes y a vivirla con más sentido y responsabilidad, construyendo un mundo más habitable.

“ESTE ES MI HIJO, EL ESCOGIDO, ESCUCHADLE” (Lc.9,28-36)

Señor Jesús: Necesito mucho que me hagas sentir quién eres Tú.
Como Pedro, Santiago y Juan, no acabo de creerte:
¿Cómo una persona tan buena como tú tiene que pasar por el rechazo,
la condena, el tormento y la muerte?

Ante la vida tuya y de otras personas como tú, me rebelo:
“Eso no puede pasarte a ti”. “Dios no consentirá que te ocurra esa desgracia”.
“¿Cómo puede permitir Dios esto?”

Como Simón, “el Piedra”, el obstinado,
Como Juan y Santiago, “los truenos”, los autoritarios,
yo necesito acercarme a tu presencia, ver quién eres,
sentir tu corazón de Hijo del Padre, participar de tu amor a los hermanos.

Hoy, Señor, vengo a contemplarte transfigurado:
penetrado con la ternura de Dios Padre,
creyendo que rechazo y muerte no son el final, esperando el amor hecho vida glorificada.

En nuestra libertad limitada, amar trae complicaciones:
llamar a las cosas por su nombre, construir la justicia,
defender a los débiles, aceptar incluso la negativa ante el amor...

A ti, Señor, te llevó a la condena y a la muerte en cruz.
A mí, Señor, me ha conducido a veces al sufrimiento,
y aún no sé a dónde me llevará.

A pesar de todo, quiero, Señor, expresarte mi fe:
Tú, el perseguido, el rechazado, el crucificado,
tú, Señor, eres el Hijo amado de Dios,
el que nunca se separó de su amor ni de nosotr@s.

Por ello, Señor Jesús, siento hoy:
que nada ni nadie puede separarnos del amor del Padre,
manifestado en tu muerte y resurrección.

Gracias, Señor, por la vida,
por tu cercanía, por tu presencia,
por tu calor de hermano que nos asegura
que Dios está siempre con nosotr@s

“El Señor es mi luz y mi salvación” (Sal 26)

Vivimos en un mundo de colores, espacios bellamente iluminados.
Puede que tanta luz más bien nos ciegue, y el corazón no vea, y no veamos.
Somos ciegos de la luz ficticia, videntes que no ven lo que es más claro.
Es todo un paradigma, que vivimos volcados hacia fuera,
la fachada espléndida, brillante,
pero dentro una ruina, una noche desgraciada.

El Señor es mi luz y mi salvación.
Sálvame, sol-Jesús, de mis tinieblas, de los miedos, vacíos y los fríos
que se cuelan por todas las rendijas,
de la duda que acecha en cada esquina y del tropiezo en el camino largo,
de la tristeza que se enrosca, oscura, en la profundidad de la existencia,
de la desesperanza y el cansancio,
de los mareos del orgullo ciego, del sinsentido de la vida toda.

El Señor es mi luz y mi salvación.
Enciéndeme, Jesús, lucero vivo, enciéndeme por dentro con tu Espíritu,
llama ardiente en mi pobre corazón.
Tu rostro resplandece como un cielo, que vea tu presencia misteriosa,
que comprenda el misterio de tu amor,
que sepa descubrirte en tantos rostros desfigurados y apagados, pobres,
que sepa ver y respetar, Dios mío, las huellas de tu cruz sacramentadas.

Tu rostro buscaré, Señor, tu rostro que seduce, transforma y transfigura,
que hace brillar la luz, que irradia gloria en aquel que te busca y te contempla.
No me escondas tu rostro, porque entonces la noche triunfaría en mi existencia.
Descúbreme tu rostro, porque entonces se llenará de luz toda mi vida,
mi lámpara encendida y mi esperanza
de gozar de la dicha del Señor
contemplando tu rostro para siempre.

TABOR

Quiero subir al monte santo, bañarme en luz, gozo divino,
coger certezas para el camino, beber del vino que embriaga tanto.
Allí aquel monte guarda secretos de los que rezan y los que trabajan,
de los que estudian y los que cantan,
de los que sufren y los que esperan,
de los que sirven y los que se aman,
huellas de espíritu en cada piedra,
y Dios tan cerca, casi se toda, en cada rezo y en cada nota.

UNA EXPERIENCIA. Lectura creyente de la realidad

“El 6 de agosto, día de la Transfiguración del Señor, acompañé a Greg a dos campos de detención juvenil. Veo que está en su salsa con los chavales (y ellos con él). Celebramos la eucaristía (con bautizo, primeras comuniones y confirmaciones), charlamos con los muchachos, escucho confesiones... Al reposar el día, ya en casa, dos cosas me llaman la atención del texto evangélico de esta fiesta: el color y las palabras.

El color blanco de la Transfiguración (Mc.9,2) nos abre a una nueva realidad o, mejor, a una nueva dimensión de la realidad. Gracias a Vermeer (Pintor. “La joven de la perla”), me imagino que es un blanco a la vez simple y matizado. La maestría del pintor está en que nos permite percibir infinidad de tonalidades y matices en el color: texturas, temperaturas,



aromas, sentimientos. Como dice Tracy Chevalier refiriéndose al cuadro Mujer con jarra de agua, “cuando miras la capucha durante bastante tiempo, te das cuenta de que no la ha pintado de blanco, sino azul, y violeta, y amarilla. Y eso es lo extraño. Está pintada de muchos colores, pero cuando la miras crees que es blanca”. Algo parecido ocurre con las nubes, como señala la misma autora y como muestra bellamente



una escena de la película inspirada en la novela.

A veces queremos que todo sea blanco o negro, pero nos olvidamos de los matices. La Transfiguración, como fiesta que es de la luz, nos invita una vez más a descubrir la perla escondida en la vida de los muchachos, aunque estén encerrados por haber cometido algún delito. Pero el brillo de su perla, el brillo de sus ojos, la luz de su rostro es matizada, personal, única. Es un brillo deslumbrador, pero no “perfecto”. Es el blanco transfigurado que no puede lograr ningún batanero del mundo (Mc.9,3), quizá porque el batanero limpia a base de simplificar, mientras que la Transfiguración blanquea por compleción... Quiero decir que, al celebrar el día de la Transfiguración con los chavales, descubro que el Señor los quiere completos, con toda su historia y sus matices, sin simplismos puritanos de ningún tipo. Son la perla preciosa que Dios no cesa de descubrir.

El segundo aspecto que me llama la atención este año en la fiesta de la Transfiguración son las palabras que salieron de nube: “Éste es mi Hijo, a quien yo quiero; escuchadlo” (Mc.9,7). Las oigo dirigidas a cada uno de los muchachos con los que he compartido la mañana: “Eres mi Hijo, mi amado, mi predilecto”. ¡Qué importante es que puedan escuchar, sentir, experimentar estas palabras dirigidas personalmente a ellos, de una manera creíble! Y a continuación, Dios añade: “Escuchadlo”. Siento que debo (debemos) refrenar la tentación de sermonearles, de decirles cosas... Ellos ya saben que han hecho mal (por ejemplo, robar, tirotear o asesinar). Ya lo saben, y no hace falta que se lo recuerde, pues posiblemente la culpa o la angustia les persigue a diario. Lo que no escuchan casi nunca es algo como “eres el Hijo amado de Dios”. Y menos aún están acostumbrados a que un adulto los escuche, los coja, e intente comprenderlos sin juzgarlos. Cuando esto ocurre, su rostro se transfigura y surge el brillo de la perla escondida.

Desde este día, cada vez que contemplo La joven de la perla, pienso en muchachos encarcelados. Y, viceversa, cada vez que trato con jóvenes en el barrio, me sorprende en ellos un brillo especial y único. Creo que he empezado a descubrir un tesoro de perlas escondidas, el brillo radiante de la presencia de Dios”.

TABOR DE CADA DÍA

Cuando te olvidas de ti misma,
cuando te has agotado en el servicio a los últimos,
cuando has vencido la tentación de cualquier apego,
cuando has aceptado el sufrimiento como compañero,
cuando has sabido perder,
cuando ya no pretendes ganar,
cuando has compartido lo que tú necesitabas,
cuando te has arriesgado por el pobre,
cuando has enjugado las lágrimas del inocente,
cuando has rescatado a alguien de su infierno,
cuando te has introducido en el corazón del mundo,
cuando has puesto tu voluntad en las manos de Dios,
cuando te has purificado de tu orgullo,
cuando te has vaciado de tanto acopio superfluo,
cuando te sientes herido...
brilla en ti, gratis, la luz de Dios,
sientes su presencia irradiando fresca primavera,
y su perfume te envuelve y reanima.

Ya no necesitas otros tesoros.
Dios te acompaña,
te habla,
te protege.
Te sientes esponjado en un mar de dicha.
Y si no estás en las nubes,
es un Tabor
que se ofrece gratis,
para que disfrutes ya lo presente
y camines firme
y sin temores.

Al viento del Espíritu. Florentino Ulibarri